

La literatura sapiencial de Israel

Ma. Enriqueta González Padilla

Hacia la mitad del siglo I A.C., un israelita piadoso de la diáspora, radicado en Alejandría, y autor de un libro sapiencial deuterocanónico, puso en labios de Salomón estas palabras:

Por eso pedí y se me concedió la prudencia;
supliqué y me vino el espíritu de Sabiduría.
Y la preferí a los cetros y a los tronos
y en nada tuve la riqueza en comparación de ella.
Ni a la piedra más preciosa la equiparé
porque todo el oro a su lado es un puñado de arena
y barro parece la plata en su presencia.
La amé más que la salud y la hermosura
y preferí tenerla a ella más que a la luz,
porque la claridad que de ella nace no conoce noche.
Con ella me vinieron a la vez todos los bienes,
y riquezas incalculables en sus manos.
Y yo me regocijé con todos estos bienes
porque la Sabiduría los trae,
aunque ignoraba que ella fuese su madre.

(*Libro de la Sabiduría 7, 7-13*).

En efecto, Israel puede gloriarse de haber recibido de Yahvé la inspiración para descubrir el secreto de la verdadera sabiduría que es también el de la felicidad, y de habérselo legado a la humanidad en sus libros bíblico-sapienciales.

Con esta denominación se conocen muchos salmos y los libros de los *Proverbios*, *Job*, *Eclesiastés*, *Eclesiástico*, *Sabiduría* e inclusive el *Cantar de los cantares*, que no es libro sapiencial sino profético, pero que pertenece a la época en que floreció en Israel la literatura sapiencial y suele incluirse en este grupo. A todos ellos les echaremos una ojeada en el presente artículo, no sin antes revisar someramente algunos datos de la historia de Israel que favorecieron el desarrollo de esta literatura y el precioso avance de la reflexión sobre la condición humana que hay en ella.

Tras del venturoso edicto de Ciro en el año 538 A.C., por el cual se permitió a los judíos deportados a Babilonia por Nabucodonosor regresar a su país,

ocurrió el retorno de un "resto fiel" de israelitas a Palestina encabezados por el príncipe de ascendencia davídica Zorobabel, los cuales se aplicaron a reconstruir el Templo, y pese a algunos obstáculos y demoras, a impulsos de los profetas Ageo y Zacarías, lo terminaron y lo dedicaron en el 515 A.C., fecha en que los judíos volvieron a celebrar solemnemente la fiesta de la Pascua en su amada ciudad de Jerusalén, renovando así la Alianza con Yahvé. Después de estos acontecimientos, y siempre bajo la dominación tolerante de los persas, dos personajes notables, sacerdote el uno, Esdras, y seglar el otro, Nehemías, reorganizaron la comunidad tanto en lo religioso como en lo político. Jerusalén fue fortificada, se renovó la vida social y se proclamó la Ley de Moisés como ley del Estado Judío que lo distinguía claramente de los gentiles. Fue aquél un periodo pacífico y fecundo, por lo cual el siglo V A.C., tan notable para los griegos, no lo fue menos para los judíos. Fue este siglo precisamente el de la gran eclosión de la literatura sapiencial y poética con Job, Proverbios, el *Cantar de los cantares* y muchos salmos.

Ahora bien, al imperio persa, sucede el de Alejandro Magno, que somete Palestina en el 333 A.C. La helenización del mundo antiguo comienza desde entonces. Alejandro muere joven y los judíos pasan a ser súbditos de sus descendientes, los Ptolomeos de Egipto (323-198) y los Seléucidas de Siria (198-142), uno de los cuales, Antíoco Epífanes, quiere helenizarlos a toda costa arrancándoles su fe y sus costumbres y persiguiéndolos encarnizadamente. Surge entonces cerca de Jerusalén un movimiento nacionalista encabezado por los Macabeos que logra la independencia de Israel que habría de durar sólo breves ochenta años y funda la dinastía de los Asmoneos. Por una paradoja de la historia, esta dinastía tiende a helenizarse traicionando los ideales nacionalistas, y sucumbe, dividida dentro de su propio seno, ante los romanos que ocupan Palestina a partir del año 63 A.C. Todo este período está jaloneado por literatura sapiencial, y también por otras obras de género "midráshico", entre las que se cuentan relatos tanto novelados aunque con marco histórico. Tales son los libros de *Tobías*, el de *Éster* y el de *Judit*, que muestran actitudes ejemplares de personajes judíos ante los dominadores. En ellos se halla también contenido sapiencial.

Por otro lado, a partir de las deportaciones, muchos judíos se establecieron y prosperaron definitivamente en países extranjeros. El trájín de las conquistas y del comercio favoreció el crecimiento de una diáspora de israelitas que permanecían fieles a la creencia en Yahvé y a la Ley de Moisés, y a los cuales debemos dos preciosos libros sapienciales: el *Eclesiástico* o *Sirácide*, y el *Libro de la Sabiduría*, de los siglos II y I, respectivamente. Estos libros figuran en las Biblias católicas porque al extenderse el cristianismo después de la resurrección de Jesús, los Apóstoles los aceptaron como divinamente inspirados.

Ahora bien, no debe pensarse por lo que vengo diciendo que la literatura sapiencial haya brotado en Israel a partir del siglo V como una absoluta novedad. Por el contrario, tiene antecedentes en la sabiduría del Antiguo Egipto ya desde el siglo XXVIII A.C. y hasta la época greco-romana, y en la de Babilonia y todo el Oriente, donde la instrucción a los jóvenes y los tratados de ética y urbanidad to-

maban la forma de máximas, consejos, fábulas y poemas a veces de tendencia filosófica no muy distintos de muchos de los que se leen en la Biblia. Este fenómeno de impregnación literaria es normal entre países colindantes como lo era Palestina respecto de sus vecinos, y dado que las relaciones internacionales cobraron auge en la época de Salomón, puede decirse que formalmente hablando, es con él que surge la literatura sapiencial. Dos factores propiciaron el hecho: el que ese monarca hubiese sido dotado por Dios de “un corazón sabio e inteligente como no lo hubo antes... ni lo habrá jamás” (*I Reyes 3, 12*), y que organizara su corte de acuerdo con el cartabón de las cortes extranjeras, donde los sabios y escribas formaban una clase con sus atributos propios y se incluían entre los sabios y consejeros que redactaban los documentos legales. La administración del reino justificaba esa ocupación, y además, el rey mismo era cultivador de las letras, pues la Biblia nos dice que “pronunció tres mil parábolas y proverbios, y sus cánticos fueron mil cinco” (*I Reyes 5, 12*).

111

Por otra parte, a lo largo de la historia de Israel, si el sacerdote dictaba la ley y el profeta proclamaba el mensaje divino, la función del sabio era aconsejar. Al revés de los otros dos que son representantes o emisarios del Altísimo, y que a veces mandan, fustigan o condenan en forma personal, los consejos del sabio son impersonales en la forma, tratan de persuadir, de despertar la curiosidad o provocar el raciocinio echando mano de comparaciones, enigmas o preguntas. El sabio tiene un alto sentido de la realidad, la observa y va al grano de la instrucción que se propone dar, v. gr., este pasaje de *Proverbios 5, 12-15*:

Un malvado, un hombre inicuo,
anda con la boca torcida,
guiña el ojo, arrastra los pies,
hace señas con los dedos.
Torcido está su corazón, medita el mal,
pleitos siembra en todo tiempo.
Por eso vendrá su ruina de repente,
de imprevisto quebrará y no habrá remedio.

Aunque de suyo el sabio sea seglar y haga uso de medios humanos, señaladamente de la “helikia” o sabiduría de la experiencia, como la llamaban los griegos, *la originalidad de Israel fue ofrecer esa sabiduría no como algo secularizado, sino como un saber que pasa por el tamiz de la Ley de Yahvé y que se somete a la sabiduría divina inscrita en la creación y en la historia del pueblo de Dios* o como reza el Salmo 119 (97-99):

¡Oh, cuánto amo tu ley!
Todo el día es ella mi meditación.
Más sabio me haces que mis enemigos
por tu mandamiento, que por siempre es mío.
Tengo más prudencia que todos mis maestros,
porque mi meditación son tus dictámenes.

El influjo religioso en la reflexión sapiencial dio por resultado que ésta rebasara el nivel de lo meramente humano: lo que es recto, decente y bien visto; lo que los buenos modales y la urbanidad aconsejan; lo que mundanamente hablando se considera como buen comportamiento en la convivencia social y en las costumbres de las personas que se respetan a sí mismas y que quieren superarse; sino que, incluyendo todo esto, se llegara a hallazgos muy notables y de gran originalidad en lo que se refiere al descubrimiento de verdades trascendentales de la vida y del destino final del hombre que tocan a lo divino. Veamos cómo evoluciona este saber en las diferentes obras a que nos referimos en este artículo.

El *Libro de los Proverbios* tiene, según Luis Alonso Schökel, “dos ejes principales, cada uno con dos polos opuestos: uno es sensato-necio —en abstracto, la sensatez y la necedad—, otro es honrado-malvado. Los términos no son precisos: en el primero pueden entrar dotes naturales de inteligencia y perspicacia, conocimientos adquiridos, destreza en el obrar. Lo mismo el segundo, que puede referirse a la integridad, la justicia, la inocencia. Estos dos ejes se cruzan, porque la sensatez tiene algo de ético, mientras que la maldad se considera insensata”.¹

De autor anónimo que lo atribuye a Salomón, este libro es una antología que efectivamente contiene conjuntos de máximas de ese sabio rey, pero que se completa con algunos apéndices y señaladamente con un prólogo (capítulos 1 al 9), en que un padre aconseja a su hijo el modo de adquirir sabiduría (sensatez), y en que la Sabiduría misma aparece personificada y se expresa con bellísima a la vez que docta prosopopeya, como en este pasaje en que declara haber existido antes que toda la creación y ser a su vez creadora de todo el Universo:

Yahvé me creo, primicia de su camino,
antes que sus obras más antiguas.
Desde la eternidad fui fundada,
desde el principio, antes que la tierra.
Cuando no existían los abismos fui engendrada,
cuando no había fuentes cargadas de agua.
Antes que los montes fuesen asentados,
antes que las colinas fui engendrada.
No había hecho aún la tierra ni los campos,
ni el polvo primordial del orbe.
Cuando asentó los cielos, allí estaba yo,
cuando trazó un círculo sobre la faz del abismo,
cuando al mar dio su precepto
—y las aguas no rebasarán su orilla—
cuando asentó los cimientos de la tierra,
yo estaba allí, como arquitecto,
y era yo todos los días su delicia,

¹ Introducción al *Libro de los Proverbios* en la Nueva Biblia Española.

jugando en su presencia en todo tiempo,
jugando por el orbe de su tierra,
y mis delicias están con los hijos de los nombres.
(Proverbios 8, 22-31)

Lo que para el ateo es mero artificio en este diáfano poema, para el creyente es anuncio de la revelación de Jesucristo, Sabiduría de Dios creadora y redentora, en quien el Padre se complace y que habita con los hombres. Así lo proclamará Juan en el Prólogo de su Evangelio.

El *Libro de Job* es el más famoso ypreciado de los libros sapienciales. Se trata de una obra de ficción filosófico-lírico-dramática cuyo conflicto es el sufrimiento del justo, dilema universal e intemporal que ha llenado siempre al hombre de perplejidad. Si para el autor de *Proverbios* la felicidad y el bienestar son el fruto de la rectitud y la diligencia, y un galardón divino, el pensamiento israelita no podía soslayar el hecho de que las cosas no siempre son tan claras y sencillas; que a menudo el justo sufre y los malvados prosperan, porque los caminos de Dios son inescrutables.

En efecto, he aquí a Job, un justo a la manera patriarcal, en quien el temor de Yahvé está firmemente asentado. Según testimonio divino, su conducta es intachable, pero Dios dará permiso a Satán de probarlo, primero en sus bienes y en su familia; luego en su salud y bienestar más esenciales. Después de haber nadado en la abundancia, lo vemos privado de todo, cubierto de llagas, desamparado e inmundo sobre un basurero escuchando los acres comentarios de una esposa arpía que le reprocha su paciencia: "¿Todavía perseveras en tu entereza? ¡Maldice a Dios y muérete! Pero él le dijo: 'Hablas como una estúpida cualquiera. Si aceptamos de Dios el bien, ¿no aceptaremos el mal? En todo esto no pecó Job ni con sus labios", por más que prefiriera no haber nacido (*Job* 2, 9-10).

Para mayor abundamiento, vienen tres amigos suyos "a consolarlo"; en realidad, a convencerlo de pecar, para que reconozca que Dios lo está castigando justamente por algún mal que hizo. Tanto lo abruman con sus importunos y rebuscados discursos, que Job les lanza esta súplica: "¿Hasta cuándo afligiréis mi alma/ y a palabras me acribillaréis?... ¡Piedad, piedad de mí, vosotros mis amigos,/ que es la mano de Dios la que me ha herido!" (*Ibid.* 19, 1;21). Y se refugia luego en la esperanza de que Dios le haga justicia y sea testigo de su inocencia aún más allá de la tumba.

Para los amigos, el predicamento de Job debe tener una respuesta lógica y comprensible; por ello repiten hasta el cansancio los argumentos de la doctrina tradicional de la retribución: al justo le va bien; el malvado recoge el fruto de sus malas obras. Job apela apasionadamente a la justicia de Dios; lo busca, lo interpela para que le responda, y al final de la obra Dios le sale al encuentro de modo inesperado: haciéndole sentir su trascendencia, lo insondable de su misterio, lo infinito de su designio; lo inadecuado de pretender emplazarlo a juicio:

sopesado sabiamente, y encuentra ser todo vanidad, aún la misma sabiduría, porque nada logra satisfacer plenamente el corazón. Ciertamente, existen cosas sencillas que dan contento al corazón del hombre y que deben disfrutarse. Es buena la creación y lo que Dios ha establecido, sólo que ello no responde del todo a nuestras aspiraciones. Siempre regresa el vacío, amenaza el tedio. Hay incongruencias que Qohélet querría comprender: ¿Por qué sufren los justos y prosperan los malvados? ¿No es eso un absurdo?

Con su agudo sentido crítico, Qohélet ve que las cosas empeoran a medida que el hombre envejece. El pensamiento de la muerte está presente en su reflexión y nos sobrecoge su estremecedor poema sobre la brevedad de la vida:

Acuérdate de tu Creador en tus días mozos,
mientras no vengan los días malos,
y se echen encima años en que dirás:
"No me agradan";



mientras no se quiebre la hebra de plata,
se rompa la bolita de oro,
se haga añicos el cántaro contra la fuente,
se caiga la polea dentro del pozo,
vuelva el polvo a la tierra, a lo que era,
y el espíritu vuelva a Dios que es quien lo dio.

(Ecl. 12, 1;6-7)

La honestidad intelectual de Qohélet es útil, porque hace sentir la necesidad de dar el paso a lo trascendental. Puesto que en este mundo la retribución no es proporcional al esfuerzo, este libro de transición implícitamente encamina a los lectores a recibir la revelación divina sobre la vida eterna que *Ezequiel* y *Job* ya presentían, y que no tardará en aparecer en los últimos libros del Antiguo Testamento.

Estructuralmente el *Eclesiastés* es intrigante. Su plan desconcierta: parece no tenerlo. En realidad es un diario de reflexiones en que el autor le permite a su mente vagabundear, abandonar y retomar los temas, sin excluir las interferencias. "¿Hay autor —dice Shökkel— menos dogmático en el Antiguo Testamento que este enigmático *Eclesiastés*? En él la sabiduría se apea, llega al borde del fracaso; así encuentra su límite y se salva".⁵

Más accesible a nuestra comprensión es el *Eclesiástico* o *Sirácide*, así llamado por haber sido su autor Jesús Ben Sirá, ciudadano de la clase media de Jerusalén. Con sus eminentes dotes de maestro y su afán misionero, este sabio compuso una especie de manual de buenas costumbres que volviera atractiva a los judíos, deslumbrados por la civilización helénica, la sabiduría que inspira la Ley de Moisés y el temor⁶ de Yahvé, único verdadero Dios.

⁵ *Op. cit.*, Introducción al *Eclesiastés*.

⁶ Amor reverencial.

Dos partes tiene el libro: una en que se exaltan la oración y las virtudes y se previene contra los vicios y pecados, y otra que es una serie de poemas en alabanza de las grandezas divinas y de los personajes ilustres de Israel. La Iglesia primitiva favoreció mucho la lectura del *Siráside* en los actos litúrgicos, por lo que éste mereció el nombre de *Eclesiástico*. Cúpole a este libro la gloria de haber servido de puente entre los israelitas y los paganos de buena fe que buscaban la honestidad y la justicia, por lo que contribuyó a preparar la no lejana divulgación del cristianismo.

Réstanos hablar del *Libro de la Sabiduría* con cuya cita empezamos este artículo. Preciosa obra en verdad es ésta, escrita en griego en versos de una tersura difícilmente igualada. En él la reflexión sapiencial alcanza su culmen al descubrir la verdad de la retribución ultraterrena que Cristo habría de confirmar con su predicación y avalar con su propia muerte y resurrección. La ansiedad que percibíamos en el *Libro de Job* y en el del *Eclesiastés* sobre el sufrimiento del justo cede aquí el paso a la seguridad: "La paradoja del triunfo del mal sobre el bien en esta vida desaparece ante la perspectiva del juicio definitivo de Dios. Asimismo es realizada la idea de Dios, Señor del universo, amante de la vida, providente, justo y misericordioso".⁷ A este respecto es famoso el siguiente pasaje:

...las almas de los justos
están en manos de Dios
y no les alcanzará tormento alguno.
A los ojos de los insensatos pareció
que habían muerto;
se tuvo por quebranto su salida,
y su partida de entre nosotros
por completa destrucción,
pero ellos están en paz.
Aunque a juicio de los hombres
hayan sufrido castigos,
su esperanza estaba llena de inmortalidad;
por una corta corrección recibirán
largos beneficios,
pues Dios los sometió a prueba
y los halló dignos de sí;
como oro en el crisol los probó
y como holocausto los aceptó.
El día de su visita resplandecerán
y como chispas en rastrojo correrán.
Juzgarán a las naciones y dominarán
a los pueblos
y sobre ellos el Señor reinará eternamente.
(Sb. 3,1-8)

⁷ José Vilchez, Introducción al *Libro de la Sabiduría* en *La Sagrada Escritura: Los Salmos y los libros salomónicos*.

Todos los libros sapienciales son libros poéticos, a pesar de su contenido didáctico. La poesía es aquí, como en muchos libros proféticos y en varios pasajes de los Evangelios, sierva de la instrucción. Pero sin duda, el libro más genuinamente poético del Antiguo Testamento es el *Cantar de los cantares*, en que se exalta con realismo, desenvoltura y delicadeza exquisita, a la par que respeto, el tema del amor. Mucho se han sorprendido algunos críticos de que el nombre de Yahvé, salvo una excepción, no aparezca en este libro, y que todo lo que en él se dice pueda con justicia aplicarse al amor entre el hombre y la mujer a nivel meramente humano. Mas recordemos que según la Biblia la alianza conyugal fue establecida por Dios desde los orígenes de la humanidad, y que no fue abolida por la culpa del pecado original, sino exaltada como figura del pacto entre Yahvé y su pueblo en el Sinaí, y dignificada por el propio Jesucristo, ya que, como dice San Pablo, es figura de la unión de Cristo con la Iglesia.⁸ De ahí que el amor conyugal, leal, tierno y honesto, que tan bellamente exalta el *Cantar*, simbolice también la unión del alma con Dios, tal como lo entendió con mística osadía San Juan de la Cruz, que se inspiró en este libro bíblico para componer su angélico *Cántico espiritual*:

La esposa
¿A dónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste
habiéndome herido;
salí tras ti clamando y eras ido.⁹

A lo largo del *Cantar de los cantares* alternan las voces del esposo y de la esposa, Salomón y la sulamita —probablemente evocación de la sunamita, la doncella de extraordinaria belleza que cuidó a David en su vejez, sin perder su virginidad—.¹⁰

Cinco grandes poemas se han distinguido en el *Cantar*: “El primero y el quinto contienen diálogos, mientras que el segundo y el cuarto son un monólogo de la Amada, así como el tercero lo es del Amado. Este último monólogo ocupa el centro del *Cantar*, Salomón proclama aquí sus esponsales con su prometida”.¹¹ La descripción de las mutuas perfecciones de los enamorados, el modo como se buscan, como se cortejan, como se encuentran, como se poseen, se canta de un modo que por su reiteración, su dulzura, su suavidad, su apasionamiento, sus imágenes y su melodioso lirismo no ha sido igualado en la literatura universal. Citemos algunos breves ejemplos:

La novia:
Empieza a hablar mi amado,
y me dice:

⁸ Efesios 5, 25-33.

⁹ Sáinz de Robles: *Historia y antología de la poesía española*.

¹⁰ Cf. I Reyes, 1, 1-4.

¹¹ R. Tournay, Introducción a *El Cantar de los cantares*.

“Levántate, amada mía,
hermosa mía, y vente.
Porque mira, ha pasado ya el invierno,
han cesado las lluvias y se han ido,
aparecen las flores en la tierra,
el tiempo de las canciones es llegado,
se oye el arrullo de la tórtola
en nuestra tierra. (Ct., 2, 10-12)

El novio

Yo os conjuro,
hijas de Jerusalén,
por las gacelas, por las ciervas del campo,
no despertéis, no desveléis al amor
hasta que le plazca. (*Ibid.* 3, 5)

La novia

Yo dormía, pero mi corazón velaba.
¡La voz de mi amado que me llama!
“¡Ábreme, hermana mía, amiga mía,
paloma mía, mi perfecta!
Que mi cabeza está cubierta de rocío
y mis bucles del relente de la noche. (*Ibid.* 5, 2)

La novia

Mi amado ha bajado a su huerto,
a las eras de las balsameras,
a apacentar en los huertos,
a recoger lirios.
Yo soy para mi amado y mi amado para mí,
él pastorea entre lirios. (*Ibid.* 6, 2-3)

Digna es esta poesía de la definición que Juan, el evangelista y místico, hará en su *Primera Epístola*, cuando declare lisa y llanamente que “Dios es amor”.¹²

Según testimonio de los Evangelios, Jesús retomó y llevó a la cúspide la tradición sapiencial. Como Maestro de Israel, echó mano de muchos de los recursos que esa literatura había empleado. Máximas, proverbios y parábolas abundan en sus discursos y demuestran que quien los usaba era observador fiel de la realidad y que sabía aplicarlos con agudeza y en el momento oportuno. Al extenderse el cristianismo, expresiones evangélico-sapienciales han venido a formar parte del bagaje de las lenguas modernas. En el habla popular mexicana menudean decires como éstos, que registra Joaquín Antonio Peñalosa en su *Vocabulario y refranero religioso de México*: “Lobos con piel de

¹² I Juan, 4, 8.

oveja" (*Mateo* 7, 15); "oveja perdida" (*Ibid.* 18, 11-14); "sembrar cizaña" (*Ibid.* 13, 24-30); "de todo hay en la viña del Señor" (*Ibid.* 20, 1-10); "el que a dos amos sirve con alguno queda mal" (*Lucas* 16, 13); "no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios" (*Mateo* 10, 29-30); "si un ciego guía a otro ciego, ambos caen en el hoyo" (*Ibid.* 15, 14); "nadie es profeta en su tierra" (*Ibid.* 12, 57); "en las batallas de amor Lázaro es el que padece" (*Lucas* 16, 19-26).¹³

Y en cuanto al fondo de la literatura sapiencial, la predicación de Jesús y en general los testimonios de su tránsito por este mundo, vinieron a dar respuesta cabal a los predicamentos de Job y de Qohélet. En otro lugar hablaremos de ello.

BIBLIOGRAFIA

José Angel Ubieta y colaboradores: *Biblia de Jerusalén*. Desclée de Brouwer, Bilbao, 1982.

L. Alonso Schökel y Juan Mateos: *Nueva Biblia española*, edición Latinoamericana. Ediciones Cristiandad, Madrid, 1975.

Profesores de la Compañía de Jesús: *La Sagrada Escritura, texto y comentario*. Vol. IV, "Los Salmos y los libros salomónicos". B.A.C., Madrid, 1969.

David Gonzalo Maeso: *Manual de historia de la literatura hebrea*. Gredos, Madrid, 1960.

R. Tournay: *El Cantar de los cantares, texto y comentario*. Actualidad Bíblica, Fax, Madrid, 1968.

G. Ricciotti: *Historia de Israel*. Ed. Miracle, Barcelona.

Joaquín Antonio Peñalosa: *Vocabulario y refranero religioso de México*, Jus, México, 1965.

¹³ *Op. cit.*, págs. 35-36.